

crecieron de punto en aquel pueblo despues de su conversion á la nueva fe. Esto era muy natural, pues aquel cristianismo franco fué una supersticion mucho más torpe y grotesca que la del antiguo culto de la naturaleza. ¿Y cómo hubiera sido posible domeñar en tal estado los instintos bestiales del hombre? Hasta los mejores entre los francos no sabian ya distinguir el bien del mal, la justicia de la injusticia: testigo de ello es el célebre cronista franco Gregorio de Tours (muerto en 595), que en su *Historia de los francos*, escrita en latin, describe la vida viciosa y criminal de sus compatriotas, sin la menor indulgencia y con toda la desnudez de la verdad, pero tan indiferentemente como si describiera cosas que así debian suceder. ¡Qué supina ignorancia debió predominar en una época en que el hombre más instruido de su pueblo, como lo era sin duda Gregorio, cristiano devoto, y obispo ortodoxo por añadidura, no echara de ver siquiera la monstruosidad en que incurria, cuando, despues de describir todos los horrores y execraciones cometidos por Clodoveo, se deshizo en alabanzas y elogios de este rey cristianísimo: «De día en día Dios aniquilaba á los enemigos de Clodoveo, ensanchando sus dominios, porque su conducta era la de un corazon recto, y porque hacia lo más agradable á los ojos divinos.» Un obispo piadoso nos presenta aquí al mónstruo Clodoveo como un cristiano que puede servir de ejemplo.

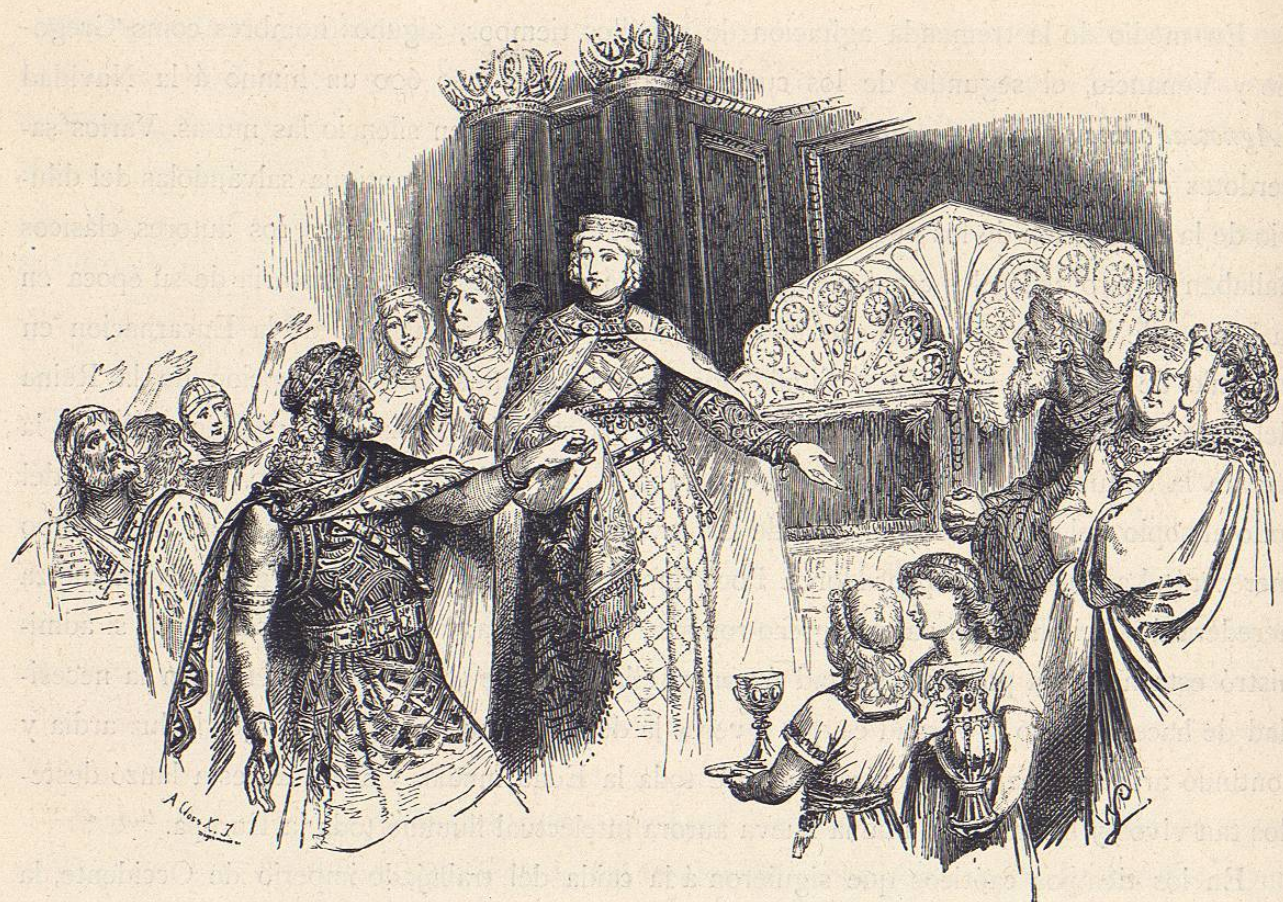
Deben verse tambien las descripciones que hace Gregorio de la vida monástica de aquel tiempo para poderse formar una idea de los efectos del cristianismo entre los francos. ¡Qué frailes y qué monjas los de entónces! Muy á menudo no eran otra cosa sino gentes sin conciencia de su estado. Y sin embargo, los conventos se consideraban como los únicos refugios donde podian salvarse los hombres y las mujeres de mejor condicion, en medio de la ignorancia que les rodeaba.

Algunas mujeres de estirpe real, flores tan preciosas como escasas entre su sexo, ocultábanse detrás de los muros de los conventos, porque sólo estos parecian ofrecerles una barrera que las preservase de la corrupcion general; tales fueron, por ejemplo, Radegunda, esposa de Clotario de Soissons, y Batilda, mujer de Clodoveo II. Los vicios y horrores de los Merovingios habian llegado á su colmo; y sus infamias y crímenes tuvieron más publicidad cuando se suscitaron las vergonzosas diferencias entre Brunequilda, esposa del rey Sigiberto, y Fredegunda, concubina del rey Chilperico. Todo cuanto se pueda imaginar de más salvaje apénas bastaria para dar idea de lo que estas dos furias intentaron hacer contra sí y los suyos; pero la venganza de Clotario, hijo de Fredegunda, cuando por fin cayó en su poder la enemiga mortal de su madre, la sanguinaria Brunequilda, cogida en Chalons en 614, es de lo más horroroso que jamás alumbró la luz del sol. El rey, despues de recordar á la culpable todos sus crímenes y faltas, mandó aplicarla el tormento durante tres días; luégo la montaron en un camello y se la paseó por todo el campamento para que sirviera de mofa y escarnio á sus guerreros; y por último atáronla por un brazo y un pié á la cola de un caballo salvaje, que debió arrastrarla á una muerte horrible. Tal fué el espantoso fin que la crueldad de los hombres impuso á la hija del rey visigodo Atanagildo, á aquella que al llegar á la corte de los francos como novia del rey Sigiberto, fué saludada por Venancio Fortunato con unos versos latinicos, en los que se la llamaba: «bella, graciosa, prudente, modesta, benigna, buena y noble, por su hermosura y talento y por su ilustre alcurnia.»

En medio de la tremenda agitacion de aquellos tiempos, algunos hombres como Gregorio y Venancio, el segundo de los cuales escribió en el año 600 un himno á la Navidad (*Agnoscat omne sæculum—venisse vitæ præmium*), cultivaban en silencio las musas. Varios sacerdotes cristianos preservaban las tradiciones de la instruccion antigua salvándolas del diluvio de la emigracion de los pueblos; en las bibliotecas de los conventos, los autores clásicos hallaban seguro asilo; los cronistas monásticos procuraban escribir la historia de su época en la lengua de Livio, y los salmistas cristianos interpretaban el misterio de la Encarnacion en el estilo de Virgilio, Horacio y Tibulo, glorificando la inmaculada concepcion de la Reina del cielo. Lo que entónces y más tarde hicieron los sacerdotes cristianos para impedir que la luz de la cultura que iluminaba en otro tiempo la Acrópolis y el Capitolio, se apagase del todo al soplo del impetuoso huracan de las invasiones, es digno de elogio, y en todo tiempo merecerá el aplauso de los pensadores. Poco importa que la Iglesia fuese de grado ó por fuerza heredera de la civilizacion pagana greco-romana, como lo era; y debemos prescindir de si administró esta herencia por su voluntad ó contra ella, pues de todos modos veíase en la necesidad de hacerlo; pero la verdad es que á veces la descuidó mucho. Sin embargo, la luz ardía y continuó ardiendo bajo las cenizas durante toda la Edad media, y al fin de esta lanzó destellos tan vivos y brillantes, que una nueva aurora intelectual iluminó toda la Europa.

En los tiempos caóticos que siguieron á la caida del trabajado imperio de Occidente, la Iglesia fué el único poder estable y al mismo tiempo progresivo. No sólo era la poseedora de lo que llamaba el tesoro de las gracias divinas, sino tambien la tesorera de todo el capital de la cultura, capital que debia acuñar en forma de monedas de todos tamaños con el sello eclesiástico; tambien era natural que intentase y supiera sustituir en todas partes su generalidad universal á las particularidades nacionales. Considerado esto en su conjunto, no podia pensarse en una resistencia del germanismo, desunido, desbordado y emigrante ya hacia siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto, que siempre persistia tenaz en sus desígnios; lo que no habia logrado la Roma de los Césares, es decir la sumision de los germanos, consiguiólo la de los papas. Al reconocer el Dios extranjero y su culto, nuestros antepasados, aceptaron la civilizacion propagada y cultivada por los sacerdotes de este Dios; y así comenzó en los países alemanes la civilizacion cristiano-romana.

Sin embargo, el romanismo no pudo descomponer el germanismo hasta el punto de que no subsistiera un poderoso gérmen de nacionalidad; este gérmen desarrollado más tarde, en la Edad media, revélase en la tenaz oposicion alemana contra Roma. Al hacer un exámen minucioso, observamos que esta oposicion, este odio instintivo de raza contra todo lo que era romano, alentaba ya en la época de la emigracion de los pueblos, es decir, á medida que se desarrollaba y formaba nuestra memorable epopeya nacional. Nuestros antepasados, á pesar de todo, no dieron sin reserva sus héroes nacionales á cambio de los santos extranjeros aceptados por persuasion ó por fuerza; precisamente en la época de las grandes conversiones al cristianismo, nuestras tradiciones nacionales debieron adquirir sus formas permanentes, por la cariñosa solicitud de los bardos, y la consiguiente popularidad; pues las formas de estas tradiciones antiquísimas (borgoñonas, escandinavas y longobardas) respiran, así en los hombres como en las mujeres, el extraordinario vigor y las indómitas pasiones de la época de la



TEODOLINDA ELIGE POR ESPOSO AL DUQUE DE TURIN

emigración de los pueblos, resonando en todas ellas el estrépito de las armas, de aquellas luchas titánicas que destruyeron un mundo decrepito á fin de abrir espacio para otro nuevo. Durante muchas generaciones, el espíritu popular conservó fielmente el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, trasmitiéndoles al arte épico de la época de los Hohenstauffen. Entonces las férreas imágenes se pintaron al estilo cristiano-romano, revistiéndose de un traje caballeresco; pero la naturaleza pagano-germana se mostraba siempre vigorosa bajo adorno romántico, y el que sabe leer estos antiguos cantos heroicos, oirá el murmullo del verde follaje de la selva virgen alemana, verá en el crepúsculo de los tiempos prehistóricos á los hijos de la tierra solicitar el amor de las semidiosas, y en la aurora preñada de tempestades, al despuntar la Edad media, corrientes de germanos armados precipitándose desde los Alpes al país hespérico para ejecutar la sentencia del destino pronunciada contra Roma.



LA CORTE DE CÁRLO-MAGNO

II

PERÍODO CARLOVINGIO



DESDE que la satisfacción de las necesidades que el tiempo trae consigo se convierte en una exigencia ineludible, y tan luego como las ideas que inauguran una nueva época han llegado paulatinamente á su madurez, suele surgir de entre los contemporáneos un hombre poderoso que reúne en sí las voluntades, las aspiraciones, las inclinaciones buenas ó malas, la avidez y la fuerza de todos; un gigante de mente creadora y mano fuerte, que desde luego reconoce lo que los demás sólo presienten con vaguedad; que con vigorosa energía emprende lo que sus iguales evitan con timidez; que maneja el hierro y el fuego allí donde los demás emplean remedios atemperantes; que concluye con lo pasado é inaugura lo porvenir, blandiendo con una mano la espada de la conquista é impeliendo con la otra el arado de la civilización; que á la vez martiriza y colma de beneficios á los hombres; que, déspota de la cultura, labra con mano enérgica el campo de